→ Instituto Histórico del Perú ←

INFORME

SOBRE LAS

RUINAS de CHOQQUEQUIRAU

PRESENTADO POR

Carlos A. Romero

Individuo de número del Instituto



LIMA
IMPRENTA NACIONAL DE FEDERICO BARRIONUEVO
GAMANA 225
—
1909


YGLESIA·MAYOR
1555
EX-LIBRIS
RICARDº DE Rº BINA

Instituto Histórico del Perú

INFORME

SOBRE LAS

RUINAS de CHOQQUEQUIRAU

PRESENTADO POR

Carlos A. Romero

Individuo de número del Instituto



LIMA

IMPRENTA NACIONAL DE FEDERICO BARRIONUEVO

CAMANA 225

1909

INSTITUTO HISTÓRICO
DEL PERÚ

Lima, 5 de marzo de 1909.

Señor don Carlos A. Romero.

Con motivo de las investigaciones arqueológicas que, por encargo del Supremo Gobierno, va á practicar el Instituto Histórico en la antigua ciudad incaica de Choqquequirau, sírvase usted emitir un informe sobre todos los antecedentes que se tengan sobre esta materia y todos los datos que juzgue usted pertinentes á tan interesante objeto

Dios guarde á usted.

EUGENIO LARRABURE Y UNANUE.

Señor Presidente del Instituto Histórico:

En la margen derecha del río Apurímac, sobre la cresta y sobre la vertiente de un contrafuerte del ventisquero de Yanama, se hallan las famosas ruinas de la ciudad incaica de Choqquequirau, "el retiro más inaccesible y más salvaje

que haya existido". De la opuesta orilla, á vuelo de pájaro, hay una cortísima distancia á las ruinas, pero para llegar á ellas, según un viajero que las visitó, M. Angrand, es preciso hacer un rodeo de muchas leguas, y no se consigue posar el pie en tan agreste lugar sino arrostrando los más grandes peligros. El camino que conducía antes á la población estaba, á no dudarlo, lleno de dificultades, pero hoy está destruído y es preciso abrirse paso á través de los bosques y malezas que cubren los flancos del ventisquero de Yanama.

La posición geográfica de Choqquequirau no está bien determinada, pues mientras el Profesor Raimondi la sitúa en su mapa general del Perú al Norte de Abancay, á los 75° 4' de longitud Oeste de París y 13° 28' de latitud Sur, Samanez Ocampo la pone en 75° de longitud y 13° 22' de latitud, y al Sudeste de Abancay.

Esta población indígena ha debido ser abandonada desde los tiempos de la conquista, por que su nombre no figura absolutamente para nada en los cronistas é historiadores primitivos del Perú, ni tampoco en las antiguas encomiendas dadas á los conquistadores y primeros pobladores. Más aún: en la visita general que ordenó el Virrey don Francisco de Toledo en 1572, se redujeron 322 pueblos de indios en el distrito de la ciudad del Cuzco, y allí no figura tampoco el nombre de Choqquequirau. Esta hipótesis sobre la despoblación de aquella ciudad en tiempos lejanísimos, está confirmada por la noticia que dá al respecto Oricaín, como veremos más adelante.

No encuentro, pues, huella alguna sobre Choqquequirau en los siglos XVI y XVII, y la primera noticia sobre esta interesante ciudad la dá don Cosme Bueno á mediados del siglo XVIII (1). He aquí como se expresa:

"Al Nordeste del pueblo de Cachora, anexo de Curahuasi, se tiene tradición que había un pueblo de la antigüedad, con el nombre de Choquequirau. Llevados algunos de la curiosidad de verlo, pocos años hace, pasaron el río Apurímac en balsas, penetraron la montaña donde encontraron

(1) *Descrip. de las provincias del obispado del Cuzco.* 1768.

un lugar despoblado, fabricado de piedra de cantería, labrado en un sitio pantanoso, cubierto de bosques, y muy caliente. Se reconocieron casas y palacios suntuosos. Y en uno de ellos al rededor del primer patio hallaron muchos instrumentos de moler metales. La incomodidad del lugar y el tiempo no dió lugar á mayor investigación".

En su Compendio de Noticias geográficas del Cuzco, escrito en 1790, D. Pablo José Oricaín hace mención de la ciudad de Choqquequirau "*despoblada desde la gentilidad*—dice—en la que vaciaban y labraban los utensilios para los palacios, y, por la conquista, ocultaron cantidades porque eran de oro y plata" (2).

Aunque en la descripción que hace Angrand de estas ruinas no habla de los instrumentos para moler metales existentes allí, mencionados por Bueno y Oricaín, el hecho es evidente, pues en el reciente viaje que hicieron á Choqquequirau en Enero de este año los profesores Bingham y Hay, delegados americanos al Congreso Científico de Santiago, tuvieron oportunidad de examinar aquellas grandes piedras para chancar metales, que todavía existen allí.

Después de estas dos lijeras noticias, ya no se halla huella alguna hasta el primer tercio del siglo XIX. No puedo precisar la fecha pero entonces visitó y excavó las ruinas un señor Tejada, que en varias ocasiones fué prefecto del Cuzco, pero el resultado de sus excavaciones es absolutamente ignorado. A partir de entonces encontramos ya noticias más precisas y que arrojan alguna luz sobre la misteriosa ciudad.

En el año de 1834 visitó Choqquequirau el viajero francés conde de Sartiges y publicó la relación de su viaje en la "Revue des deux Mondes" (3), con el seudónimo de M. E. de Lavandais.

El interés que reviste esa relación me mueve á reproducir en seguida la parte que se refiere á Choqquequirau.

---

(2) *Compendio breve de varios discursos sobre diferentes materias y noticias geográficas.* Año de 1790, en *Juicio de Límites Perú-Boliviano, Prueba peruana,* t 11, pag. 346.

(3) *Revue des deux Mondes.* París, 1851, pág. 1019 y ss.

Dice así:

"Llegando á Guatquinia encontré los preparativos de mi expedición proyectada muy poco avanzados. Los obreros habían abierto apenas dos leguas de camino de Choqquequirao: verdaderamente era demasiado poco para tres semanas de trabajo; á ese paso hubiera sido necesario aguardar todavía dos meses y gastar un millar de duros. Tomé, pues, la resolución de partir sin retardo, y declaré á mis compañeros de viaje que llegaríamos como pudiésemos. Se preocupaban mucho, además, en el país, de una empresa que miraban como muy atrevida, y un primo de mi huésped acudió de veinte leguas de distancia para compartir con nosotros las fatigas y los provechos del descubrimiento. Mi huésped y su pariente esperaban descubrir tesoros enterrados desde la conquista; me propusieron hacer tres partes de todo lo que infaliblemente debíamos encontrar. Yo consentí, seguro de encontrar más piedras, vasos rotos y alfarería que montones de oro.

"Fué necesario algunos días pura terminar nuestros preparativos de viaje. Se mató un buey, fué cortado en pequeños pedazos y salado; su cuero sirvió para ojotas, especie de sandalias muy cómodas para los indios, que están habituados á llevarlas, mas duras y ofensivas para pies europeos. Una provisión de harina de maíz y de aguardiente, el buey salado, hachas, azadones y barras de fierro, todo eso fué repartido entre los quince indios que debían acompañarnos, y el 2 de Julio en la mañana partimos como personas que van á tomar posesión de una mina en pleno producto.

"La primera parte del camino fué encantadora; trepamos una montaña á pico, pero era sumo el trabajo de nuestras mulas que sudaban y respiraban á más y mejor; cantábamos alegremente y admirábamos el efecto grandioso de una cantidad de picos ordenados unos al lado de otros, como un inmenso juego de bolos. Para bajar fué necesario dar el adiós á nuestros mulos, que volvieron á tomar el camino de Yanama, y nosotros caminamos derecho hacia el Apurímac, que corría á una milla poco más ó menos más abajo. La horrible cosa era ser los primeros en abrir un camino á través de

los bosques y de las altas hierbas. Los indios marchaban por delante, hacha y podadora en mano, cortando á derecha é izquierda solo lo justo y necesario para poder pasar un oso ó un hombre doblado en dos.

"De tiempo en tiempo, una grieta profunda corta el camino, y hay necesidad para pasar de fabricar un puente volante. Felizmente los gruesos bambúes no faltan, no más que las lianas, para amarrarlos sólidamente. Se han perdido dos ó tres horas, y se vuelve á tomar el fatigante camino; pero la provisión de agua se ha acabado; estar obligado á comer sin agua en el gran sol, y eso diez horas seguidas, es para llorar de cólera.

"El torrente que sale de los nevados de Yanama pasa por el valle bajo de las montañas, de que descienden para ganar el Apurímac. Desde el momento en que lo apercibimos nos pusimos á correr, y en menos de media hora, habíamos recorrido las tres ó cuatro millas que nos separaban. Encontramos en el valle, que se denomina Catacouta, campos de caña de azúcar que datan del tiempo en que los jesuítas poseían la hacienda de Guatquinia. Yo no creo que sea posible á un hombre habitar este estrecho valle, que, además, es muy fértil, tan numerosos y afamados son los mosquitos que han tomado posesión de él. Imposible respirar, comer ó beber sin engullir cantidades de esas horribles bestias. Teníamos el aire de gentes enmascaradas al ver nuestros rostros hinchados y cubiertos de sangre. Era necesario, sin embargo, dormir en este infierno. Habíamos establecido al rededor de nuestro campamento una larga muralla de fuegos de leña que los indios estaban encargados de conservar durante la noche, y gracias al humo espeso del bosque verde y á una gruesa manta de lana que nos envolvía desde la cabeza hasta los pies, pudimos dormir un poco tranquilos. Después de tres días de marcha fuimos mortificados por nuevas dificultades. Nada de senderos; de los dos lados, las montañas se juntaban y no dejaban sitio más que para el pasaje de las aguas del torrente de Yanama. Durante toda una jornada bajamos el lecho del torrente, saltando de piedra en piedra; los que resbalaban se sostenían en el agua hasta que

podían salirse; cada uno estaba para si, Dios para todos. En las márgenes, en el lugar donde nos detuvimos para comer, los indios reconocieron el rastro de una onza; su guarida estaba allí, cubierta de hojas y de paja. Los pumas y las onzas son comunes en las orillas del Apurímac; á veces suben hasta los pasturages de la sierra para devorar los terneros y las ovejas.

"En un lugar sin denominación, dejamos el lecho del torrente y establecimos nuestro campamento á la izquierda sobre una meseta rodeada de malezas. Se envió una parte de los indios á quemar las altas hierbas y las malezas del camino que debíamos hacer al día siguiente; fué un incendio inmenso cuya flama arrojaba magníficos reflejos sobre la roca á pico delante de nosotros, á la derecha del torrente. La lluvia, de la que no teníamos ningún medio de defendernos, nos interrumpió bruscamente de ese gran efecto de luz. Jurábamos todos como muleteros.

"El cuarto día de nuestra campaña fué señalado por nuevas fatigas.

"Trepamos montañas derechas como murallas, aprovechando para llegar á sus mesetas, situadas en gradas, las unas sobre las otras, los derrumbamientos de arena y de piedras. Uno de los indios rodó con su mochila sobre la espalda, de lo alto de un derrumbamiento: no estaba muerto, pero tenía el cuerpo destrozado, y no pudo continuar su marcha. Le enviamos dos de sus camaradas para transportarlo á Yanama y traernos una nueva provisión de rhum.

"Bebíamos rhum en la mañana y en la tarde, porque hacía frío; al medio día porque hacía calor. Nos faltaba completamente el agua pero no caminábamos menos, resignados á sufrir todo antes que volver sobre nuestros pasos.

"Nuestra ruta atravezaba bosques medio consumidos y cuya ceniza, dispersada por el viento nos cegaba. Ibamos siempre tosiendo y renegando; fué necesario, sin embargo, pararnos, llegada la noche, al borde de un precipicio. Era nuestro último día de prueba. Al siguiente día apercibimos á cincuenta pasos de nosotros las primeras casas de la ciudad desierta de Choquequirao.

"Llegados apenas en medio de las ruinas no perdimos el tiempo y pasamos varias horas visitándolas. A cada paso encontrábamos vestigios de civilización, casas bien construídas, murallas en piedras de corte.

"Siguiendo la línea principal de casas que baja en gradas sobre los lados de la montaña, se encuentra uno en una vasta plaza, habiendo en un lado un palacio y en el otro un pórtico, ó mejor dicho un muro triunfal. Los indios arrancaron los árboles que crecían en una de las salas del palacio é hicieron un techo de bambúes y de rosales y allí establecimos nuestro campamento por los ocho días que contábamos pasar en Choquequirao.

"En mis proyectos de hacer excavaciones y levantar planos no había hecho entrar una de las consecuencias forzadas del abandono del terreno durante algunos s.glos, la vegetación que invadía todo. No son solamente las calles, sino hasta las casas y los muros mismos de éstas que están cubiertos de árboles y de plantas trepadoras. Imposible de dibujar el conjunto de la ciudad. El terreno es por todas partes por terrazas que se extienden las unas sobre las otras y que sirven de terraplén para las casas. Las calles son angostas, sobre todo atraviesan la ciudad en la dirección de la pendiente de la montaña, que forma un medio arco profundo al Norte. Detrás de la ciudad se elevan á pico rocas dentelladas y cubiertas de nieve; al Este y al Oeste dos penínsulas de montañas se extienden como dos brazos para ocultar y protejer esas ruínas; al Sur y á una gran profundidad corre el Apurímac. Un montecillo de forma circular se desprende de la ciudad y avanza como un promontorio sobre el Apurímac. La cima de ese montecillo plano y redondo está sostenida por una muralla de albañilería. No cabe duda de que fué uno de esos lugares destinados á los sacrificios y á la adoración que se conocen en el país con el nombre de adoratorios del Sol. La base de ese montecillo termina uno de los costados de la gran plaza de Choquequirao. Frente está el palacio, á la derecha é izquierda un precipicio. El pie del montecillo es en toda su anchura (18 metros 32 centimetros), formado por el muro triunfal que rodea la gran pla-

za. Ese muro, de una arquitectura irregular, no tiene más abertura que una sola puerta á la izquierda delante de las gradas que conducen á la plataforma del adoratorio. El conjunto del monumento cuya construcción y detalles son esmerados, son de un orden arquitectónico de los más bizarros: pertenecen, sin embargo, á la época más moderna de la civilización peruana. La puerta abierta en el muro triunfal es de un estilo del todo egipcio.

"Fuimos á escombrar la plaza y los edificios que allí se encuentran. Las diferentes construcciones al Norte y al Oeste de la plaza forman parte del mismo edificio y están reunidas por puertas de comunicación. Se encuentra aquí, como en todas las antiguas ciudades del Perú, las dobles casas apoyadas sobre el mismo muro de separación y no comunicándose entre ellas sino por puertas exteriores que dan sobre el corredor que se extiende sobre toda la profundidad del edificio. El primero y único piso que existió encima de esas casas está perfectamente marcado, las vigas que formaban el pavimento están todavía sujetas á los muros y sin los árboles que han brotado en medio de los departamentos sin duda alguna que restos de techo subsistirían todavía. El techo era de tejadillo ligero, apoyado sobre el muro medianero que separa cada doble casa. Los departamentos son pavimentados con largos ladrillos de tierra cocida, recubierta de un barniz negro fino y brillante; en cada departamento, hay muchos de esos nichos que yo había reparado por primera vez en las casas de la isla del Titicaca: se encuentra todavía sobre las paredes de esos nichos huecos á distancias iguales, que no podían servir más que para sostener diversos anaqueles de tablas. No queda traza alguna de escalera que permita suponer que se llegaba al primer piso por el interior de los departamentos.

"El edificio principal que hace frente al muro triunfal de Choquequirao, está formado de dos casas, compuesta cada una de tres largos departamentos, uno de los cuales, el de enmedio, parece haber servido de antecámara. Se penetra por dos corredores que recorren sobre todo el fondo del edificio, el uno á la derecha y el otro á la izquierda. A la de-

recha del cuerpo principal de la casa, hacia el medio de la gran plaza, se eleva un edificio cuyos tabiques interiores se han desplomado y al cual se penetra por tres puertas. Un poco más lejos se encuentra un depósito y un baño de largas lozas de piedra, paralelas al cuerpo principal de la habitación; á todo el largo de los corredores se extiende una prolongada sala, en la cual nada indica á qué puede haber sido destinada.

"En cuanto á habitación particular, el palacio de Choquequirau es lo que he visto de más completo entre los monumentos antiguos del Perú. Nos inicia en parte de la vida interior de los antiguos habitantes del país, y si él no nos dá la idea de una gran comodidad en la vida material, al menos prueba que su manera de vivir estaba en relación con su civilización; es decir, que ellos habían traspasado ya el estado de lucha contra las necesidades de la vida y que estaban en busca del bienestar. Las piezas enladrilladas, las antecámaras, los baños perteneciesen á una civilización que puede ser todavía joven, pero que camina visiblemente á la virilidad.

"Mientras yo me ocupaba en dibujar las viejas casas de Choquequirao y á medir sus puertas y ventanas, mis consocios excavaban la tierra por todo lado donde creían reconocer trazas de enterramientos; mas, allí no habían esas grandes y bellas chulpas como en Atun-Colla, ó en Malocohamay. Los muertos estaban apilados en huecos cavados bajo las rocas y no se enterraba nada con ellos, ni vasos ni topos. Mis compañeros abrieron una de las falsas puertas de la gran muralla triunfal que parecía sonar en hueco á los golpes de azadon. Detrás estaba la roca viva. Se sondeó en más de diez lugares y siempre inútilmente. Nada queda, pues, hoy, para decirnos quiénes eran los habitantes de esa ciudad que podía contener quince mil almas, nada para enseñaros ni su vida ni su muerte. ¡Por todo rastro de existencia, esqueletos sin sudario y sin vasos funerarios, un nombre apenas conservado por la tradición!

"En verdad, es una melancólica historia la de las antiguas poblaciones del Perú. Apenas han pasado trescientos

años desde la conquista y las ciudades más magníficas han desaparecido, sin dejar otras pruebas de su existencia que grandes ruinas sin nombre."

Algunos años después, en 1847, otro viajero francés y hombre de ciencia, M. Angrand, estuvo en las ruinas é hizo en ellas minuciosos estudios. No publicó el señor Angrand el resultado de su viaje, pero M. Desjardins (4) que tuvo á la vista los planos, dibujos y apuntes de aquél, hace una interesante descripción, que extracto en seguida:

Es sobre la cima y sobre el flanco de uno de los ángulos que descienden del ventisquero de Yanama y se termina por un precipicio de 400 metros de profundidad, al fondo del cual corre el caudaloso Apurímac, que se encuentran las ruinas. Nada podría igualar la grandeza salvaje de esos lugares solitarios; el valle comprendido entre el ventisquero y los precipicios es de una fertilidad admirable y está ahora cubierto de malezas. La imaginación se confunde al contemplar cómo la industria humana ha puesto pie sobre esas rocas, donde solo el cóndor parecía poder hacer su nido. Cuando á fuerza de fatigas se logra llegar hasta las ruinas, es necesario todavía descubrirlas bajo la espesa vejetación que las oculta. El palacio y las fortificaciones son más visibles porque han sido construídos sobre la cresta, donde el suelo es árido y pedregoso. Las primeras construcciones que se encuentran llegando á la cresta, son circunvalaciones de defensa, teniendo delante una pequeña y sólida construcción, que bien pudiera ser un puesto militar ó cuerpo de guardia. Se ve en seguida edificios que debían servir de cuarteles, ó más bien de prisión. M. Angrand lo conjeturaba así, porque las puertas debían haber estado cerradas por piedras enormes, que los esfuerzos de un solo hombre no hubieran podido levantar. Sobre esta suposición de Angrand, M. Desjardins se hace esta juiciosa pregunta: ¿A qué servía la prisión en esos lugares impenetrables, donde el amo y el esclavo, el juez y el condenado son todos prisioneros del abismo y los ventisqueros?

(4) Desjardins, *Le Pérou avant la conquête espagnole*, París, 1858. p. 127 y ss.

A 150 metros más abajo, siguiendo la inclinación de la cima, se llega á los edificios principales: el palacio, la sala de baños y otros edificios que parecieron á M. Angrand haber sido el uno una sala cubierta para la celebración de las fiestas y el otro una dependencia de la casa. Un poco más lejos, la cima, terraplenada por los constructores de los edificios, forma una plaza de armas, bordeada por dos de sus lados por el precipicio. Siguiendo el ángulo escarpado, más allá de la plaza se alza una especie de obelisco, en la cúspide del cual hay un cuerpo de guardia. Se vuelve á bajar en seguida á una cavidad y allí se encuentra un palacio pequeño; después se sigue una inclinación sensible, de unos 1600 pasos, terminada por el precipicio, en el fondo del cual corre el Apurímac.

El palacio principal, levantado sobre la parte pedregosa de la cima, se compone de tres cuerpos de edificios rectangulares, de los cuales dos tienen 10 metros de ancho sobre 15 de largo, y el tercero, 15 metros de largo por 8 de ancho. Cada uno de los dos primeros edificios se compone de un piso bajo y de un primer piso, y están divididos hacia lo largo por un muro interior que forma dos piezas alargadas en cada piso. No hay escaleras. La terraza del tercer edificio, que no tiene más que un piso bajo, está al mismo nivel con el primer piso de las otras dos y debía servirle de acceso. Se ven en las piezas de esos edificios de dos pisos, nichos, entre cada uno de los cuales hay piedras salientes redondeadas en forma de cilindro, del grueso de un brazo, y que parecen haber sido perchas. El pavimento de las salas ha debido estar formado, ó más bien recubierto de una especie de pizarra, pues se ha vuelto á encontrar trozos de esquisto, que figuraban, sin duda, una especie de enladrillado. Se observa que entre las ruinas se han practicado excavaciones considerables.

Al lado del palacio se encuentra una gran sala de 42 metros de largo por 12 de ancho, con ventanas de forma egipcia. Contigua al palacio hay una gran sala, en el piso bajo, en el fondo de la cual hay practicados trece nichos, y del lado opuesto está horadada de cuatro puertas y tres ventanas. Al fondo de cada uno de los nichos hay un metro de

piso y un nicho pequeño. Además de las perchas se echa de ver, entre nicho y nicho, anillos fijos de piedra sobresaliendo un poco del muro. Estos anillos están formados por piedras horadadas, en forma de argollas, y los cilindros de piedra de que se ha hablado antes son quizá perchas. De modo, pues, que esta particularidad nos puede enseñar que el edificio de que se trata podría ser el único modelo bien conservado de las *menageries* de los Incas.

Un edificio compuesto de cuatro piezas sigue á la menagerie. En la primera había, sin duda alguna, un lecho; en la tercera un hornillo propio para calentar agua; y en la cuarta, un baño, que ha debido ser de oro ó plata, como todos los vasos ó utensilios de que se servían los Incas. El emplazamiento de este baño está todavía perfectamente visible. La disposición de esas salas y las huellas de los aparatos, no permiten poner en duda que fueron aquellos baños de los cuales habla Garcilaso y que estaban reservados á los Incas. Este departamento tiene una salida para la plaza de armas, cuya forma es la de un trapecio alargado, y tiene también una puerta que dá sobre una terraza encima del precipicio.

Del otro lado de la plaza, á bastante elevación, hay una especie de fortaleza que domina ese paraje y que no deja otra salida entre los dos precipicios que por las cuatro aberturas que hay practicadas. Sobre la cima de la cúspide, á más de esas cuatro puertas, había sin duda un templo; y bajando, á partir de esa cúspide, se encuentra el pequeño palacio.

Se ve, pues, por la interesante descripción que hace M. Angrand de Choqquequirau, que estas ruinas pertenecen á edificios incaicos, y que son semejantes á las de Ollantaytambo, Marca-Huamachuco, Tambo Colorado, Incahuasi, & y que su estudio nos hará compenetrarnos más en la admirable civilización de los Incas. Mi sabio maestro el Dr. Uhle nos dirá después si las construcciones de Choqquequirau son de carácter meramente incaico ó si hay allí dos estilos, como en Ollantaytambo.

M. Angrand cuidó de recojer entre los indios de la región las tradiciones trasmitidas de padres á hijos sobre la misteriosa ciudad. Según ellas, era eso un emporio de riquezas

fabuloso; que en la época de la prosperidad de los Incas había sido la residencia de los herederos del trono hasta la edad de su mayoría, y que en este lugar retirado, en el seno de esta naturaleza salvaje, ellos contraían los habitos austeros de una vida ruda y difícil y se acostumbraban así á las fatigas de la guerra; y, por fin, que después de la sublevación de Manco, había sido el refugio de los últimos vástagos de la raza imperial del Perú.

Contrayéndome á esta última tradición, tan generalmente aceptada, diré que ella carece por completo de fundamento. En efecto, después del fracaso sufrido por Manco en el sitio del Cuzco, se retiró á Calca; seguido de cerca por los españoles, se refugió en Tambo, y de allí se vió precisado á internarse á las escabrocidades de los Andes, estableciéndose en Vitcos. Aquí fijó su residencia y estableció su cuartel general (5,) y en Vitcos murió á manos del traidor Diego Méndez. De Vitcos salió Sayre Túpac atraído por los halagos del Virrey don Andrés Hurtado de Mendoza. En Vitcos murió Titu Cusi Yupanqui, dando su muerte origen al suplicio del religioso agustino fray Diego Ortiz Finalmente, estaba en Vitcos Túpac Amaru cuando el Virrey don Francisco de Toledo despachó la expedición militar á cargo de don Martín Hurtado de Arbieto, que dió por resultado la captura y ejecución de este último y desgraciado vástago de los Incas. En todo esto están acordes todos los historiadores y documentos de la época. Pero aún hay más; en la extensa é interesantísima relación que hace Titu Cusi Yupanqui—cuyo manuscrito publicaré en breve—de las guerras y correrías de Manco Inca, su padre, y de las suyas propias en la provincia de Vilcabamba, en que menudamente menciona muchos pueblos y lugares de élla, ni una sola vez siquiera aparece el nombre de Choqquequirau, lo cual induce á creer que ya en esa época estaba despoblada, como lo dice Oricaín, ó que los descendientes de Huaina Cápac jamás pisaron aquella agreste región. Eran, pues las incursiones de Manco y sus hijos por el

---

(5) Cieza dice que Manco y los orejones se refugiaron en las espesuras de los Andes y que las presas que hacían las llevaban á Viticos, *principal asiento. Guerra de las Salinas*, cap. XXXVII.

Oeste de Vilcabamba, hacia el camino de Lima, y por eso después del desastre de Villadiego, que murió con veinte y tres de sus compañeros á manos del Inca, y de la infructuosa expedición que Pizarro despachó contra Manco, quien se había retirado á Vitcos, á órdenes del Factor Illán Suárez de Carbajal, se resolvió el Conquistador, que á la sazón estaba en el Cuzco, á fundar la ciudad de Huamanga para que sirviese de barrera contra las incursiones de Manco, por lo cual se llamó San Juan de la Frontera, y de resguardo á los españoles que traficaban entre Lima y el Cuzco. Poco antes el audaz indio había llegado hasta Jauja, que saqueó, hizo cruda guerra á los Huancas por la ayuda que habían prestado á los españoles contra él y se llevó arrastrando por los caminos el célebre ídolo Huari Vilca, que arrojó luego á las profundas aguas del Pampas.

El año de 1858 un tercer viajero francés, M. Grandidier, pretendió llegar á Choqquequirao, pero menos feliz que sus otros dos compatriotas no pudo vencer los obstáculos que se le oponían y narra con los colores más tétricos su desastrosa expedición (6). Iba Grandidier acompañado de un hermano suyo y como no conocía el camino, le fué preciso buscar un guía, encontrando uno que años antes había estado en las ruinas con el señor Tejeda. Después de vencer algunos obstáculos, se pusieron en marcha los expedicionarios, llevando cada cual en las espaldas una mochila con víveres para seis días. La primera jornada fué poco fatigosa, pues la ruta estaba trazada, pero al día siguiente ya no se descubría ni el menor sendero y caminaban hacia lo desconocido. Los viajeros descendieron primero un cerro casi cortado á pico para escalar casi en seguida otro que se levantaba frente á ellos sobre la orilla derecha de un arroyo torrencial que corría al fondo de la quebrada; para lo cual se dejaban deslizar sobre la yerba. Allí tomaron un breve descanso. La parte montuosa que tenían que atravesar en seguida presentaba mil obstáculos que dificultaban la marcha; las ramas y malezas formaban un abrigo impenetrable y sin cesar

(6) Grandidier. *Voyage dans l'Amerique du Sud.* Paris, 1861, p. 152 y ss.

había que recurrir al machete para abrir trocha. En la margen, sobre una pendiente de las más escarpadas, el pie les erraba con frecuencia y corrían el riesgo de rodar al abismo. En los lugares descubiertos, el piso era tan resbaladizo que los expedicionarios avanzaban con más dificultad todavía. En la tarde, los guías declararon á M. Grandidier que eran necesarios unos cuatro días más para llegar á Choqquequirau, en el supuesto de que no ocurriese contratiempo alguno; de modo que las provisiones se habrían agotado para el regreso. Resuelto el dar la vuelta, los viajeros pasaron la noche en el lecho del riachuelo y encendieron grandes fogatas para alejar á los osos y mosquitos. que eran éstos últimos innumerables. Por fin, después de trabajos indecibles. ganaron la cima, donde pernoctaron, llegando al día siguiente á Yanama.

El profesor Raymondi da cuenta de un viaje que emprendió Gastelú (7) en Junio de 1862, aguas arriba del Apurímac, desde Miritopango hasta llegar á Choqquequirau. Se me asegura que el Coronel D. Samuel Arias posée la relación del viaje de Gastelú, en que hay interesantes noticias sobre esas ruinas, pero no me ha sido posible consultar el manuscrito.

El explorador Samanez Ocampo (8) desmiente en términos bien enérgicos la expedición de Gastelú, fundándose en los mil escollos que ofrece el río en la parte que éste asegura haber navegado. "En cuanto al viaje de este farsante—por el Apurímac aguas arriba desde Mirotopango hasta Choqquequirau, en su último viaje, y hasta Osanguinari en el primero—dice Samanez—es una fábula tan absurda y tan grosera, que se necesita verdadera temeridad para referirla, sobre todo debiendo publicarse en obra tan importante y respetable como lo es la Geografía del señor Raimondi."

Por su parte Samanez asegura haber pasado cinco meses en Choqquequirau haciendo excavaciones, sin dar más noticias de esas ruinas.

Ultimamente han visitado Choqquequirau los Profesores

(7) *El Perú*. t. III. Lima, 1879. p. 401 y s s.

(8) *Exploración de los ríos peruanos Apurímac, Eni, Tambo Ucayali y Urubamba*, Lima, 1883.

americanos Binham y Hay, quienes tomaron vistas fotográficas y levantaron planos, pero su corta estadía en esta ciudad, apenas treinta horas, no me permitió ponerme al habla con ellos y obtener el resultado de las observaciones de tan ilustres viajeros.

Permítame U. S. que antes de terminar haga una recomendación: el Dr. Uhle no debe limitarse en la expedición que va á realizar al estudio de las ruinas de Choqquequirau. En la región donde éstas existen hay otras no menos importantes: hacia el Este, las de Panticaya y Havaspampa; frente á Choqquequirau, á la otra banda del río, el célebre adoratorio de Concacha, de piedra tallada, y hacia el Norte, del otro lado del nevado de Sarcantay, cerca del actual pueblo de Pucyura, las de Vitcos, de que dejo hecha mención, último y real refugio de Manco y de Sayre Túpac, de Titu Cusi y de Túpac Amaru, y que Ocampo Conejeros describe con estas palabras (9):

"Topa Amaro que estaba en la fortaleza de Pitcos (Vitcos) que está en un altísimo cerro, donde señorea gran parte de la provincia de Villcabamba, donde tiene una plaça de suma grandeza y llanura en la superficie, y edificios suntuosísimos de grande magestad, hechos con gran saber y arte, y todos los vmbrales de las puertas, así principales como medianas, por estar así labradas, son de piedra mármol famosamente obradas, de donde sacaron al dicho Topa Amaro Inga, y dieron la obediencia como á su señor natural".

Cuenta Titu Cusi en la relación ya mencionada, que cuando Manco Inca, obligado por la persecución de los españoles se retiró de Tambo á Vitcos, tuvo que construir un palacio, pues los palacios edificados allí eran los de Pachacútec, Túpac Yupanqui y Huayna Cápac. Sabido es que los incas jamás ocuparon los aposentos de sus antecesores, los cuales se mantenían siempre en igual pie de servicio que cuando éstos estaban vivos. De manera, pues, que los edificios que men-

---

(9) *Descripción de la provincia de San Francisco de la Victoria de Vilcabamba*, etc. en *Juicio de Límites entre Perú y Bolivia. Prueba Peruana.* t. VII, p. 306.

ciona Ocampo eran los palacios de Pachacútec, Túpac Yupanqui y Huayna Cápac.

Con lo expuesto queda evacuado el informe que se ha dignado U. S. pedirme, confiando, seguramente, más en mi buena voludtad que en mi suficiencia para aclarar punto histórico tan interesante como el que lo motiva.

Dios guarde á U. S.

Lima, 5 de abril de 1909.

Carlos A. Romero

